

*Con el corazón  
y la mente vueltos al Señor*

---

**Domingo XXII –C–**



**1.- STATIO**

**Nos preparamos para la lectio**

**- Canto**

**- Oración**

Jesús, tú no rehuías el trato con los ricos,  
pero les decías la verdad ¡Qué valiente eras, Señor!  
¡Qué distinto sería el mundo si todos los cristianos  
y la Iglesia entera dijéramos siempre y solo la verdad!

¡Cuántas veces me veo a mí mismo  
buscando los primeros asientos, la mejor comida,  
las alabanzas, la vanidad...

¡Cuánta soberbia!

¡Cómo me duelen los desprecios y desatenciones!

¡Cuánta conversión necesito!

Me pongo en sus manos.

Enséñame el camino de la verdadera humildad.

Ayúdame a acercarme a los pobres

para compartir con ellos el tiempo, la comida y la vida.

Hazme capaz de invitarlos y dejarme invitar por ellos.

Tú, que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén

**2.- LECTIO**

**Lectura del Evangelio según san Lc 14, 1.7-14**

**Releemos el Evangelio con los Santos Padres:**

Si estamos bajo el dominio de la ignorancia de Dios, ¿cómo vamos a esperar en aquel a quien ignoramos? Y si no nos conocemos a nosotros mismos, ¿cómo podremos ser humildes, pensando ser algo, cuando en realidad no somos nada? Y sabemos que ni los soberbios ni los desesperanzados tendrán parte o comunión en la herencia de los santos.

Considera, pues, ahora conmigo con cuánto cuidado y solicitud debemos desterrar de nosotros estos dos tipos de ignorancia, el primero de los cuales es el origen de todo pecado, y el segundo, de su consumación; cómo, por el contrario, los dos conocimientos opuestos —de Dios y de nosotros mismos— son respectivamente el principio y la perfección de la sabiduría; uno el temor del Señor y el otro la caridad.

Porque, así como el principio de la sabiduría es temer al Señor, así el principio de todo pecado es la soberbia; y como el amor de Dios se atribuye a sí mismo la perfección de la sabiduría, así la desesperación reclama para sí la consumación de toda malicia. Y así como de tu propio conocimiento nace en ti el temor de Dios, y del conocimiento de Dios se origina el amor al mismo, así, contrariamente, de tu personal desconocimiento surge la soberbia, y de la ignorancia de Dios procede la desesperación. Así, pues, la ignorancia de ti mismo te acarrea la soberbia, pues engañado por una mentalidad ciega y falaz, te crees mejor de lo que en realidad eres. Precisamente en esto consiste la soberbia, aquí está la raíz de todo pecado: en considerarte a tus ojos mejor de lo que eres ante Dios, mejor de lo que eres en realidad.



No existe, pues, peligro alguno, por más que te humilles, por más que te consideres menos de lo que eres, es decir, menos de lo que la Verdad te valora. Es, en cambio, un gran mal y un peligro horrendo si te crees superior, por poco que sea, a lo que en realidad eres, o si en tu apreciación te prefieres aunque sólo sea a uno de los que tal vez la Verdad juzga igual o superior a ti. Un ejemplo aclarará la idea: si pretendes pasar por una puerta cuyo dintel es excesivamente bajo, en nada te perjudicará por más que te inclines; te perjudicará, en cambio, si te yergues aun cuando no sea más que un dedo sobre la altura de la puerta, de suerte que te arrearás un coscorrón y te romperás la cabeza. Así ocurre a nivel espiritual: no hay que temer en absoluto una humillación por grande que sea, pero hemos de tener un gran horror y temor al más mínimo movimiento de temeraria presunción. Por lo tanto, oh hombre, no te atrevas a compararte con los que son superiores o inferiores a ti, no te compares con algunos ni siquiera con uno solo. Porque ¿qué sabes tú, oh hombre, si aquel uno, a quien consideras como el más vil y miserable de todos, qué sabes —insisto— si, merced a un cambio operado por la diestra del Altísimo, no llegará a ser mejor que tú y que otros en sí, o si lo es ya en Dios?

Por eso el Señor quiso que eligiéramos no un puesto mediano ni el penúltimo, ni siquiera uno de los últimos, sino que dijo. *Vete a sentarte en el último puesto*, de modo que sólo tú seas el último de todos los comensales, y no te prefieras, ni aun oses compararte, a ninguno.

*S. Bernardo de Claraval*

Sermón 37, 5-7: Opera omnia, Edit. Cister. t. 2, 1958, 12-14

### **3.- MEDITATIO / ORATIO/ CONTEMPLATIO**

**Tiempo de Meditación y oración Personal**

### **4.- COLLATIO**

**Tiempo para compartir en fraternidad**

## 5.- ACTIO

**Nos preparamos para volver a las actividades cotidianas**

- **Padre Nuestro**
- **Oraación final**

Padre rico en misericordia,  
con nuestra vida de hermanos menores  
queremos ser en nuestro mundo  
un testimonio creíble de humildad y de entrega a los demás.  
Sabes bien cuántas dificultades surgen en nuestro interior  
y cuantas fuerzas tiran desde fuera de nosotros  
para apartarnos del camino de tu voluntad.  
Ayúdanos Tú a cultivar los valores del Reino  
y a enseñarlos a nuestros hermanos  
con la palabra y el ejemplo...  
Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor.  
Amén.

- **Canto**

